

# DISCUTIR EL LIBERALISMO, REVISAR EL SOCIALISMO, CONQUISTAR LA DEMOCRACIA. REVISITANDO EL DEBATE POLÍTICO- INTELLECTUAL HACIA EL FINAL DE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA ARGENTINA

ARIANA REANO

Ariana Reano es Investigadora docente en la Licenciatura en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de General Sarmiento y Becaria Postdoctoral del CONICET.

J. M. Gutiérrez 1150, Of. 5026, PB, módulo 5, Los Polvorines, Buenos Aires.  
e-mail: areano@ungs.edu.ar

El presente artículo es una versión revisada y abreviada del capítulo 5 de la tesis doctoral de la autora titulada *Los lenguajes políticos de la democracia. El legado de los años ochenta: Alfonsín, Unidos y La Ciudad Futura* (2011).

## Resumen

Este trabajo se propone reconstruir el debate ideológico-político en torno al liberalismo, al socialismo y a la democracia durante la etapa final de la transición democrática en Argentina. Nos ocuparemos especialmente de los debates suscitados entre 1987-1989 en la escena pública nacional, luego de los acontecimientos de la Semana Santa de 1987 y del triunfo electoral del peronismo en las elecciones legislativas del mismo año. Para ello, recuperaremos la palabra del presidente Raúl Alfonsín y la de dos grupos político-intelectuales en particular: el peronismo renovador nucleado en la revista *Unidos* y la izquierda intelectual democrática vinculada al Club de Cultura Socialista y a la revista *La Ciudad Futura*. Revisitar aquellos debates nos permitirá dar cuenta de los avances y retrocesos en la construcción del sentido de la democracia, en un momento en el que confluían el desgaste de la figura presidencial, la crisis económica y el reposicionamiento de las identidades políticas de cara a las elecciones presidenciales de 1989.

## Summary

This article aims to reconstruct the ideological - political debate about liberalism, socialism and democracy during the final stage of the transition to democracy in Argentina. We will specifically focus on the debates between 1987-1989 within the national public scene, after the military incidents occurred in 1987 and the peronist victory in the legislative elections of the same year. In order to do this, we will recover President Raúl Alfonsín's own words and that of two political-intellectuals groups: the renewal peronists who often published in the journal *Unidos* and the left-wing democratic intellectuals, linked to the Socialist Culture Club, whose publications can be found in the *Ciudad Futura* review. Revisiting those past debates will allow us to give account of the forward and backward movements in the sense-making process of the democracy in moments when the President's popularity began to wither, the economic crisis was knocking at the country's door and political identities started to take a more clear-cut shape for the 1989 presidential elections.

## INTRODUCCIÓN

La última etapa de la gestión del presidente Raúl Alfonsín (1983-1989) transcurrió en medio de una situación de profunda complejidad que combinaba el desgaste de la palabra política y de la figura presidencial con la tensión social que generaba la crisis económica. Los acontecimientos de la Semana Santa de 1987<sup>1</sup> y los resultados desfavorables de las elecciones legislativas en ese mismo año, colocaron al gobierno en una situación de difícil retorno. La escasez de recursos, la imposibilidad de cumplir con las obligaciones de pago de la deuda externa, la caída de los precios internacionales y el aumento de los índices inflacionarios generaron un caos generalizado que el gobierno no pudo afrontar satisfactoriamente. En medio de esta situación se producirán las elecciones internas en el Partido Justicialista (PJ), de las que saldrá el futuro candidato a presidente para las elecciones de 1989 y, finalmente, el Presidente de la Nación.

En este trabajo nos ocuparemos de revisar cómo se configuró el debate político-intelectual en referencia al desgaste de la gestión radical y a la posibilidad de que el próximo mandato presidencial pasara a manos de una figura del PJ. Este debate estuvo preformado por la expansión del discurso sobre la reforma económica, y supuso un progresivo desgaste de los debates sobre *qué democracia* había que construir en la Argentina, que habían marcado los inicios de la denominada transición democrática.

En este marco, revisaremos las discusiones en torno a la proliferación del neoliberalismo como matriz ideológica para pensar la política, y los argumentos que desde el sector intelectual de la renovación peronista —en su intervención a través

<sup>1</sup> Así se conocen los hechos que tuvieron lugar a partir del levantamiento militar que se inició el 16 de abril de 1987 cuando el teniente coronel Aldo Rico, acompañado por un grupo proveniente de distintas unidades militares, ocupó y se acuarteló en la Escuela de Infantería de Campo de Mayo. El objetivo central era poner fin a los juicios iniciados por la justicia civil, posteriores a la promulgación de la Ley de Punto Final N° 23.492 (cuyo nombre exacto era Ley de Caducidad de la Acción Penal y que fue aprobada por el Congreso Nacional el 23 de diciembre de 1986).

Luego de tres días de negociación entre el Poder Ejecutivo y los sublevados, y del encuentro de Alfonsín con Rico, el 19 de abril de 1987 el presidente anunció en el balcón de la Plaza de Mayo, ante una multitud de personas reunidas allí, que los sublevados habían depuesto su actitud. Mucho se ha escrito sobre el sentido de las palabras pronunciadas aquel día. Lo cierto es que la lectura generalizada de esa Semana Santa concluyó en que el presidente había cedido ante las Fuerzas Armadas y, en consecuencia, había «traicionado» al pueblo. Esta lectura se volvió aún más verosímil luego de sancionada la Ley de Obediencia Debida N° 23.521, el 4 de junio de 1987.

de la revista *Unidos*<sup>2</sup>— y desde la izquierda intelectual democrática —en su participación desde la revista *La Ciudad Futura*<sup>3</sup> (en adelante *LCF*)—, se utilizaron para disputar esta hegemonía de sentido. Esto planteaba un desafío para la renovación peronista porque sus debates internos estaban atravesados por la tensión entre la necesaria revisión de las ideas y el apego a una estructura partidaria que seguía anquilosada en parte de la vieja tradición peronista. Para la izquierda el desafío será, por un lado, hacer un balance crítico de la gestión alfonsinista, a la cual se había apoyado explícitamente<sup>4</sup>, pero sin restar apoyo al gobierno, que debía terminar su mandato y garantizar la gobernabilidad del sistema. Por otra parte, oponerse a los postulados del liberalismo neoconservador que encarnaba el menemismo y, finalmente, avanzar en la construcción de un proyecto socialista y democrático.

Entre críticas, decepciones y esperanzas el desafío que el inicio de la nueva década implicaba tanto para la renovación peronista como para la izquierda democrática seguía siendo la necesidad de generar nuevas articulaciones ideológicas, saliendo de los inmovilismos conceptuales. Tal misión, que había sido motivo del involucramiento de estas voces en el debate sobre la democracia a inicios de los años ochenta, continuaba interpeándolos en un momento de la historia donde la lucha política necesitaba resistir a la privatización de la palabra, dando nuevas batallas discursivas y rearticulando los lenguajes políticos de la democracia.

<sup>2</sup> El nombre de la revista hacía referencia a la frase de Perón «el 2000 nos encontrará unidos o dominados». Desde sus inicios, en mayo de 1983, y hasta 1989 estuvo dirigida por quien fuera su mentor, Carlos «Chacho» Álvarez. En los últimos dos años, de 1989 a 1991, la dirección quedó a cargo de Mario Wainfeld. La revista nucleó a un amplio grupo de intelectuales, académicos y militantes entre los cuales se encontraban Horacio González, Arturo Armada, Roberto Marafioti, Norberto Ivancich, Salvador Ferla, Enrique Martínez, Vicente Palermo, José Pablo Feinmann, Hugo Chumbita, Álvaro Abós y Oscar Landi.

<sup>3</sup> La revista fue fundada en 1986 por José Aricó, quien compartió la dirección con Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. Entre los integrantes del Comité Editorial figuraron Jorge Dotti, Javier Franzé, Carlos Altamirano, Emilio de Ípola, Rafael Filipelli, Julio Godio, José Nun, Beatriz Sarlo, Marcelo Lozada, Hugo Vezetti, Héctor Leis. Aunque no aparecen como miembros del Comité Editorial, Oscar Terán y Héctor Schmucler estuvieron presentes desde los primeros números. El inicio de la publicación coincide con la fundación del Club de Cultura Socialista (CCS), una institución civil y pública creada para discutir tanto los problemas del socialismo como para definir los rasgos de un proyecto socialista y democrático para la sociedad argentina.

<sup>4</sup> Una parte importante de los intelectuales que integraron el Comité Editorial de *LCF*, y también el CCS, conformaron el Grupo Esmeralda. Este equipo, que nucleaba a sociólogos, politólogos, periodistas y comunicadores (entre los que se destacaron Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero) comenzó como grupo de reflexión, de análisis, de investigación y luego colaboró en la elaboración de algunos discursos de Alfonsín, cuyo ejemplo más elocuente fue el Discurso de Parque Norte (1985).

## LA CONSTRUCCIÓN DEL SENTIDO COMÚN NEOLIBERAL

La etapa final del gobierno de Alfonsín se caracterizó por un cambio en la hegemonía del discurso sobre la democracia, que fue progresivamente remplazada por el discurso de la reforma económica. La idea de la reforma económica había empezado a circular en 1987 en el marco de los debates sobre las políticas de control de la inflación y del déficit generado por las empresas de servicios públicos. La concepción de un Estado moderno, y por tanto, más eficiente, que viera reducida su intervención en la actividad económica, y la necesidad de abrirse a los mercados mundiales fueron parte del conjunto de ideas liberales en torno a dicha reforma. A ella se dirigían las medidas de reducción del gasto público y de los salarios, la elevación de la recaudación fiscal a través del aumento de impuestos y el traspaso de la administración de las empresas deficitarias a manos privadas.

Como sostiene Sebastián Barros en su estudio, el discurso liberal no aparece en 1987 como consecuencia inmediata de la crisis institucional y económica, sino que se encontraba presente, solo que configurado como «lo otro» a lo cual la democracia se oponía. En este marco cobraba sentido apelar a la democracia como la solución a los problemas de la pobreza, la desocupación y el deterioro en los sistemas de educación y de salud producidos por las políticas neoliberales aplicadas durante la última dictadura militar. Reforma económica neoliberal y democracia fueron, durante la primera parte del gobierno de Alfonsín, los polos de un antagonismo<sup>5</sup>. Ese antagonismo irá perdiendo fuerza y abrirá paso a la instalación del discurso de la reforma como precondition necesaria de la consolidación democrática. Los términos se invertirán y ya no será la democracia la que garantizará que el pueblo «coma, se cure y se eduque», sino que el logro de la estabilidad económica pasará a ser la garantía para que la democracia no se quiebre.

La transformación de la economía vía la liberalización del mercado y la reforma del Estado empezaron a ser presentadas por el propio alfonsinismo como una necesidad para desactivar la «bomba inflacionaria». Luego de referirse a las medidas económicas y políticas que se iban a tomar para sobrellevar la crisis —entre las que sobresalían el congelamiento de precios y salarios y la reforma tributaria—, Alfonsín concluía:

<sup>5</sup> Sebastián Barros, *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Córdoba, Alción, 2002, pp. 140-141.

«Pero todo esto podría ser inútil si la mayor recaudación sólo sirviera para alimentar al Estado ineficiente. Sería en efecto como arrojar el sacrificio social a una suerte de barril sin fondo. Por eso es que el Estado es el primero que asumirá el costo de este esfuerzo, pero no sobre sus empleados [...] El Estado va a ajustarse sobre su funcionamiento y para ello se tomarán medidas precisas. Por un lado, estableciendo, a través de la nueva legislación propuesta, reglas claras para las empresas públicas de modo que la necesidad de racionalizar su conducta empresaria sea vista por todos.

Por otro lado, abriendo espacios de inversión del capital privado en áreas hasta ahora reservadas al sector público, en particular en las áreas de petróleo y telecomunicaciones»<sup>6</sup>.

Como vemos, el discurso sobre la ineficiencia estructural del Estado se complementaba con otra idea: el exceso de demandas sobre la estructura estatal. El Estado era ineficiente, entre otras cosas, porque existía una sobrecarga de demandas que saturaban su capacidad para cubrirlas. De ahí que, además de las reformas impulsadas por el gobierno, la desactivación de la «bomba inflacionaria» también dependiera del esfuerzo de los actores. Alfonsín sostenía que en una economía con escasez de recursos como la argentina, «la lucha por la distribución se exaspera y es posible llegar a un punto en que, a partir de demandas que son legítimas, el conjunto termina destruyéndose a sí mismo. Lo que cada uno obtiene es en contra de lo que puede obtener el otro. Y poco a poco la sociedad se transforma en enemiga de sí misma»<sup>7</sup>. Como el resultado de las medidas adoptadas no sería inmediato, el riesgo que se corría era que las demandas, que sí eran inmediatas, anulasen todo el esfuerzo. Se volvía imprescindible, en este marco, establecer un conjunto de reglas de funcionamiento que toda la sociedad se comprometiera a respetar. En palabras del presidente:

«Vamos a comenzar en los próximos días, con todos los sectores políticos, económicos y sociales un proceso de consulta destinado a establecer un marco de negociación que nos permita arribar, lo antes posible, a *un nuevo contrato de la sociedad*...

<sup>6</sup> Mensaje del Sr. Presidente de la Nación, Raúl Alfonsín, referido a las nuevas medidas económicas, difundido por radio y televisión, 14/10/1987.

<sup>7</sup> Ídem.

Concluidos los acuerdos, ellos deberán significar un horizonte concreto de ingresos para cada sector, un horizonte claro de los niveles de inflación y costos de vida, un método preciso de recuperación salarial, un panorama claro de funcionamiento para productores tanto agrarios como industriales, un marco, en fin, aceptado por todos, que dé seguridad a cada uno... Es en este sentido, un *pacto de certidumbre*<sup>8</sup>.

Ese nuevo acuerdo básico ya no apuntaba a fortalecer las estructuras institucionales como había sucedido en otros momentos donde Alfonsín había recurrido también a la figura del pacto. Ahora se trataba de acordar las bases de la reforma económica, proponiendo un acuerdo sobre una cuestión que, en sus lineamientos generales, no podía ponerse en discusión<sup>9</sup>. Comenzaba a configurarse así una sobredeterminación del discurso liberal-económico sobre la idea de democracia, inclusive sobre aquella democracia de cohorte más institucionalista y formal con la que se asociaba al alfonsinismo.

Parte del escenario político-ideológico en el que se debatían los sentidos de esa sobredeterminación organizó el debate del número dieciocho de la revista *Unidos*, destinado a discutir el liberalismo. El punto de partida de las reflexiones era que el discurso neoliberal había ganado un importante terreno en el sentido común, no sólo de las fuerzas políticas sino de la sociedad en su conjunto. La existencia de un clima de ideas que estructuraba una particular concepción del rol del Estado y de su relación con la sociedad civil contribuía a la sedimentación de ese sentido

<sup>8</sup> Ídem –cursivas nuestras.

<sup>9</sup> Como sostiene Barros, el discurso de la reforma económica no fue exclusividad del alfonsinismo, sino que éste logró una diseminación productiva en la mayoría de los grupos políticos, los cuales ya no discutían sobre la pertinencia o no de la reforma sino sobre cómo repartir los costos de la misma, es decir, cómo negociar el necesario –«inevitable», decían algunos peronistas renovadores– ajuste económico. Así, con matices de forma, tanto Antonio Cafiero como Carlos Menem –los principales contrincantes en la interna peronista para las próximas elecciones–, hasta Eduardo Angeloz, pasando por el sector sindical liderado por Jorge Triacca sostenían que el ajuste económico había que hacerlo (Barros, op. cit. pp. 150-151). Esta tesis era también corroborada por «Chacho» Álvarez quien al reflexionar sobre la imposibilidad de la renovación de diferenciarse del alfonsinismo, sostenía que uno de los puntos donde esto más se evidenciaba era en el plano económico. Lejos de promover un proyecto alternativo, sostenía, tampoco era observable una voluntad política de recusar más frontalmente la asociación entre los planes de ajustes regresivos indicados por los organismos financieros internacionales y los grupos dominantes de la economía (Cfr. Carlos Álvarez, *Unidos*, N° 19, octubre de 1988, p. 5).

común neoliberal que sintonizaba con el clima de ideas a nivel internacional<sup>10</sup>. Ellas sostenían su visión de la crisis de las democracias occidentales ligadas a la crisis del Estado de Bienestar. Oscar Landi sintetizaba el argumento central que fundamentaba esta posición:

«su crecimiento [del Estado] por intermedio de las empresas públicas y el aumento de personal serán la base del déficit fiscal que estimula la emisión monetaria, causa principal de la inflación. Por otra parte, las relaciones entre el estado y la sociedad que se entablan en situaciones de «democracia ilimitada» generarían un crecimiento de la demanda social que terminaría penetrando en los sistemas decisivos estatales provocando una crisis de gobernabilidad, frente a la cual hay que ejecutar fuertes recetas de reordenamiento»<sup>11</sup>.

La configuración de este discurso neoliberal –contrariamente al que existía en la dictadura donde las ideas liberales en lo económico convivían con un discurso antidemocrático–, ahora se reapropiaba de un «cierto» discurso democrático. Y decimos «cierto» porque claramente es un discurso sobre un modo particular de entender la democracia que será discutido tanto en *Unidos* como en *LCF*. Esta nueva apuesta consistía en traducir elementos asociados a las «inaceptables políticas de la dictadura» a una «gramática democrática»: la liberalización de los mercados, el énfasis en la gestión, la concentración del ingreso y los ataques al populismo<sup>12</sup>. Esta gramática centrará sus argumentos en el «ataque al burocratismo y la presencia hipertrofiada del Estado», concebido como un «elefante potencialmente autoritario, ofensor de las libertades privadas, peligroso agresor de los intereses individuales; ineficiente y agobiante»<sup>13</sup>. Bajo el fetiche de la ineficiencia natural del Estado se estructurará todo el discurso antiestatista que clamará por la privatización de las empresas públicas y de los sectores más dinámicos de la economía.

<sup>10</sup> Cabe aclarar que, en especial para América Latina, este contexto se caracteriza por la implementación de planes de austeridad primero, y de ajuste económico después, los cuales comenzaron a ser una condición para contraer préstamos con las instituciones financieras internacionales y para establecer los acuerdos de renegociación de la deuda.

<sup>11</sup> Oscar Landi, «Los neoconservadores y la UCD», en: *Unidos*, N° 18, abril de 1988, pp. 48-49.

<sup>12</sup> Sergio Morresi, *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*, Colección «25 años, 25 libros», N° 6, Los Polvorines, Biblioteca Nacional-Universidad Nacional de General Sarmiento, 2008, p. 9.

<sup>13</sup> Alcira Argumedo, «Liberales, neoliberales y nacional-populares», en: *Unidos*, N° 18, abril de 1988, p. 40.

La larga crisis económica, la ausencia de crecimiento, las disparadas inflacionarias y el déficit real del Estado crearon un contexto de verosimilitud para el discurso neoliberal en la Argentina de fines de los ochenta. Frente a un Estado que históricamente fue el motor fundamental de nuestro modelo de acumulación privada y que incluía cierta capacidad redistributiva de la renta hacia los sectores populares, ahora, afirmaba Vicente Palermo,

«Todo lo que hay es la demanda de sectores privados para que el uso de los recursos escasos –tributación, gasto e inversión estatal– sea estrictamente orientado en función de sus intereses, no ya de clase, sino de creciente mezquindad de fragmentados agrupamientos. La desarticulación estatal, su fragmentación y sometimiento a intereses particulares, es tan grande que el Estado tiende a perder, en la Argentina, su valor simbólico como referente universal, su capacidad de ser reconocido imaginariamente como sintetizador del «bien común», capaz de establecer políticas conforme a intereses generales. Paradójicamente por esa fisura penetra corrosivamente el discurso neoliberal en las creencias de la gente»<sup>14</sup>.

Ante semejante diagnóstico algunas voces advertían lo problemático que resultaba no poder organizar un discurso que, aun reconociendo los problemas, pudiera plantear alternativas diferentes. Porque, como argumentaba Landi, centrar el remedio a estos problemas en la reducción del personal estatal y en una genérica y acrítica privatización, «no sólo es querer vender la insuficiencia como el saber, sino también bloquear el verdadero debate a realizar sobre el carácter del capitalismo argentino»<sup>15</sup>. Como vemos, el debate no pasaba por repensar a qué modelo de país debían servir las empresas de servicios públicos, o cómo transformar tanto su estructura como la del Estado para lograr un máximo rendimiento de su potencialidad. Frente a los problemas reales de la estructura político-económica argentina, y bajo eslóganes tales como hay que «achicar el Estado» y/o «liberalizar la economía», el liberalismo comenzará a articular los argumentos que darán forma a la siguiente tesis: «la crisis argentina es el resultado de la herencia del Estado populista socializante, de la que hay que deshacerse para modernizar el país; la

<sup>14</sup> Vicente Palermo, «¿Un peronismo contra el sentido común?», en: *Unidos*, N° 18, abril de 1988, p. 28.

<sup>15</sup> Oscar Landi, 1988, op. cit., p. 54.



empresa estatal es ineficiente y corrupta por naturaleza; el remedio es privatizarla y que sea «rentable», que cada cual pague por el servicio lo que realmente vale»<sup>16</sup>.

Desde los artículos de *Unidos* que estamos repasando, se advertía la trampa de las falsas disyuntivas liberales y se resaltaba la necesidad de elaborar una explicación más profunda y una alternativa que no exigiera como salida única el achicamiento del Estado. Sin embargo, el neoconservadurismo tuvo el gran mérito de colocar en el temario de la sociedad al Estado como un obstáculo para el crecimiento económico y para la estabilidad institucional del país. Junto a ella logró estructurar una concepción de la política entendida como el establecimiento de reglas de juego mínimas, la idea de un espacio público reducido, transformando las cuestiones políticas en asuntos técnicos. Esta subordinación de la política a la técnica, sostenía Álvarez,

«tiene como contrapartida el recorte sistemático de la acción política de las mayorías, lo que refuerza la hegemonía de los grupos que cuentan con mayores recursos de poder. De tal manera, este esquema lleva a exacerbar la autonomía de la política, el vaciamiento de las tradiciones populares y la ausencia de significados de las experiencias sociales autogestionadas»<sup>17</sup>.

Indefectiblemente aquí estaba una de las mayores apuestas ideológicas del neoliberalismo: *consolidar una concepción sistémica y elitista de la democracia cuyo funcionamiento debía ser homólogo al del mercado*. Desde una visión de la democracia como competencia se insiste en que la política ya nada tiene que ver con la organización y la satisfacción de intereses colectivos y que, por tanto, está alejada de la vida de la gente<sup>18</sup>. Ello ayudará a reforzar la hegemonía de los grupos que

<sup>16</sup> Hugo Chumbita, «Empresas estatales: todo comenzó con un proyecto», en: *Unidos*, N° 18, abril de 1988, p. 78.

<sup>17</sup> Carlos Álvarez, «Optimismo de la voluntad», en: *Unidos*, N° 20, abril de 1989, p. 10.

<sup>18</sup> En una entrevista hecha por el diario *Río Negro*, Aricó decía en relación a esto: «se ha producido una especie de fisura en el sistema político, sus instituciones y el sentir ciudadano. Esa brecha se ha ido agudizando [y] en la agenda de las preocupaciones de los políticos no está la agenda de las preocupaciones de los sectores populares». *Río Negro*, 10/04/1988, en: Horacio Crespo, *José Aricó. Entrevistas 1974-1991*, Córdoba, Ediciones del CEA, UNC, 1999, p. 307. En esta clave comenzarán a extenderse las visiones del «fastidio» o del «desencanto» de la sociedad en relación a los políticos, que algunos años más tarde encontrarán su condensación en los análisis que la ciencia política argentina hará de la «crisis de representación».

cuentan con mayores recursos de poder, y que serán los responsables de convertir a la política en un asunto de racionalidad técnica, potenciando el vaciamiento de las tradiciones populares y la desmovilización. Como bien concluía el artículo de Álvarez, el «desprecio doctrinario-ideológico» que articula el sentido liberal de la política hace que la democracia aparezca como un «sistema de competencia» que sólo logra dar cuenta la conducta de algunos sectores, pero que «no puede fundamentar un orden colectivo bajo un horizonte común»<sup>19</sup>. Desde esta concepción, toda una batería de palabras propias de la economía serán puestas al servicio de las explicaciones políticas. Se empezará a hablar del sistema político como sistema de mercado, de los partidos políticos como oferentes y de los ciudadanos como sujetos demandantes orientados por sus intereses. En este contexto de competencia, la elección es racional y los reclamos se transforman en expresión de las preferencias que son satisfechas (o no) de acuerdo a criterios de eficiencia.

La generación de este nuevo sentido común que había logrado construir el discurso neoliberal interpelaba a las fuerzas políticas progresistas a construir un discurso democrático alternativo. Algo era seguro: más que nunca la lucha política se daba en el campo de la construcción de sentido. Lo que no aparecía como una seguridad era desde qué significantes articularlo en orden a fundar una concepción de la política diferente. Esta crisis del sentido político de la democracia interpelará a *Unidos* y le exigirá revisar el rol de la renovación y su lugar dentro del peronismo. Tal necesidad se verá reforzada frente al triunfo de Carlos Menem en las internas del PJ.

### **LA DESVENTURA DE LA RENOVACIÓN PERONISTA**

En las elecciones internas del PJ que se celebraron el 9 de julio de 1988 se enfrentaron las fórmulas Cafiero-de la Sota y Menem-Duhalde, siendo esta última la ganadora. Aunque con matices, todos los miembros de *Unidos* habían declarado su apoyo a Cafiero. Su derrota hizo que se ensayaran hipótesis variadas sobre lo sucedido. Las mismas iban desde las explicaciones sobre el liderazgo carismático que Menem había construido, erigiéndose como adalid del federalismo, hasta los balances negativos de la última etapa del gobierno de Alfonsín que volvían imprescindible el giro hacia una política distinta.

<sup>19</sup> Carlos Álvarez, 1989, op. cit., p. 14.

Una de las tesis más fuertes que se sostenía desde *Unidos* consistía en que la revisión ideológico-conceptual que había hecho la renovación a principios de los años ochenta los había colocado en un lugar poco diferenciado respecto del alfonsinismo<sup>20</sup>. La sensación era que el «aggiornamiento» había terminado por fagocitar los rasgos más fuertes de la identidad y que el equilibrio entre «lo permanente» y «lo actualizable» se fue descompensando, quedando preso de las formas y dejando de lado el contenido de la política. Así reflexionaba Álvarez al respecto,

«la renovación tendió a cerrar un sistema, que comenzaba a parecerse demasiado al fracasado poder alfonsinista, en el que la radicalidad y la dureza tenían que ver más con la conservación y ampliación del espacio político que con la lealtad a un proyecto de cambio...

La ausencia de debate ideológico y pragmático impidió vincular las señas de identidad con una puesta al día de las respuestas que demanda la actual situación de quiebre y encrucijada histórica. Ante este vacío, era casi inexorable que avanzaran las posiciones más posibilistas»<sup>21</sup>.

Entre la ausencia de un perfil confrontativo y la apuesta por la gobernabilidad en el preciso momento en que el avance de la crisis exigía respuestas diferenciadoras, la renovación fue encerrándose en un juego político que la fue divorciando de las expectativas y las urgencias populares. No pudo promover debates ni estructurar un discurso crítico respecto de la realidad argentina y tampoco pudo, como tantas veces se le había reclamado al alfonsinismo, analizar los profundos conflictos de intereses de la sociedad y designar sus enemigos. Había sucumbido en un discurso hueco, sin una alternativa viable al camino del ajuste elegido por el radicalismo.

Esta cuestión nos devuelve al tema de la democracia que había sido el eje articulador de los debates a inicios de la década del ochenta. Desde la mirada de *Unidos* el desencuentro entre la democracia y la situación económica era evidente:

<sup>20</sup> Revisión ligada a la crisis interna del peronismo a raíz de la división entre dos corrientes muy claramente enfrentadas: el peronismo renovador y los ortodoxos. En un artículo publicado en *LCF*, María Grossi sostenía que lo que ha venido haciendo el peronismo renovador, con gran dificultad, es tratar de consolidar aquellas modificaciones iniciadas en la década del '70 –se refería al «ensayo general de convivencia democrática» simbolizado en el acuerdo entre Perón y Balbín– en el sentido de compartir las reglas de la alternancia política, consolidando así un espacio político común (Cfr. Grossi, *LCF*, N° 12, 1988).

<sup>21</sup> Carlos Álvarez, 1988, op. cit., p. 5.

«El «fenómeno Menem» expone mejor que nada la mayor dificultad de nuestra incipiente democracia: *cómo hacer congruente una forma con su contenido*. Cómo hacer posible que el sistema político sea capaz de contener las necesidades y las reivindicaciones socioeconómicas de la población [...] «La gente» se ha encargado de ponerla nuevamente en su lugar. De recordarnos que *el futuro de nuestra democracia se juega en la encrucijada de economía y política*»<sup>22</sup>.

Esto reflejaba el grave dilema que afrontaba la Argentina entre las exigencias de consolidar la democracia institucional y las necesidades de transformación en términos de la construcción de una democracia social. Así lo interpretaba Chumbita, también en las discusiones de *Unidos*:

«El modelo constitucionalista liberal implica un juego político de equilibrios y contrapesos que no admite soluciones drásticas ni rápidas. Es el problema histórico que tuvieron que afrontar en su hora Yrigoyen y Perón, sin lograr una vía plenamente satisfactoria para el movimiento popular. En la medida en que avanzaban en la reforma social tendían a romper el sistema democrático, y ciñéndose a las reglas de juego frenaban el impulso transformador.

La renovación en tanto llevó al peronismo a comprometerse en el sistema democrático, lo fue limitando también en su virtualidad revolucionaria, lo fue empantanando en la necesidad de respetar los procedimientos y los intereses institucionales»<sup>23</sup>.

La imposibilidad de articular estabilidad institucional y transformación estructural había sido, al parecer, una constante en la historia argentina. El rol de la renovación parecía estar inscripto en esta lógica. En su necesidad de reapertura ideológica, de autocrítica del pasado y de modernización hacia el futuro «no supuso que esta situación la obligaba a transformarse en un espacio de convocatoria, organización y movilización de las demandas sociales, exigiendo el replanteo *integral e inmediato* de las políticas nacionales en curso»<sup>24</sup>. La renovación había quedado

<sup>22</sup> Ernesto López, «Primeras imágenes del naufragio», en: *Unidos*, N° 19, octubre de 1988, p. 43 –cursivas nuestras.

<sup>23</sup> Hugo Chumbita, «El peronismo según Menem», en: *Unidos*, N° 19, octubre de 1988, pp. 62-63.

<sup>24</sup> Artemio Rubén López y Claudio Lozano, «Turco que me hiciste mal y sin embargo te quiero», en: *Unidos*, N° 19, octubre de 1988, p. 47.

presa de la lógica institucionalista simbolizada por el «pacto de gobernabilidad» que planteaba el oficialismo y en este marco fue incapaz de «promover prácticas capaces de *politizar lo social* para construir otro poder»<sup>25</sup>.

Lo cierto es que en la renovación existía una profunda ambigüedad; más aún, podría decirse que la renovación se constituye a través de ella. En un artículo escrito en octubre de 1988 y publicado un año más tarde, de Ípola entendía esta ambigüedad ligada a tres rasgos principales que, desde su perspectiva, constituían la «herencia negativa» que el peronismo renovador recibía del peronismo histórico. El primero estaba compuesto por el «sistema de principios filosóficos, antropológicos y éticos» cuya validez el justicialismo postula como pre-política. Esto hace que «solo una vez aceptadas esas verdades básicas» sea posible disentir y discutir políticamente sobre «problemas concretos». Esto significaba un signo de intolerancia y por lo tanto una contradicción en el proceso de democratización que venía llevando a cabo el peronismo. En segundo término, tal situación facilitaba la imprevisibilidad de las posturas políticas asumidas por algunos dirigentes, dentro de las cuales sobresalía la desertión de Menem como «referente renovador» y la ruptura de los lazos que terminaron en la interna contra Cafiero. El tercer problema era que el peronismo había mantenido una constante histórica en el modo de «enfrentar su propia conflictualidad política», transfiriéndola al seno del Estado —el mayor ejemplo de ello era el conflicto desatado entre los sectores sindicales a los que el peronismo coadyuvó a estatalizar al articular a la CGT como un aparato dentro del régimen. La renovación hizo esfuerzos por limitar la incidencia política del sindicalismo y por fomentar una imagen racional, moderna y realista. Este esfuerzo, concluía de Ípola, tuvo una doble consecuencia negativa: «por un lado hizo que la renovación se granjeara la antipatía de sectores importantes de los sindicatos; por el otro, nutrió la idea, según la cual, la corriente renovadora no era en el fondo otra cosa que la versión peronista del radicalismo alfonsinista»<sup>26</sup>.

Como vemos, la lectura sobre el destino de la renovación era atribuida a su ambigüedad, a su incapacidad de resolver y de tomar posición frente al oficialismo, y al mismo tiempo a su imposibilidad de lidiar con las herencias recibidas del peronismo histórico. Los renovadores terminaron siendo víctimas de sus propias opciones dile-

<sup>25</sup> Ídem, p. 52.

<sup>26</sup> Emilio de Ípola, «Las desventuras del peronismo renovador», en: *Investigaciones políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, [1988] 1989, p. 72.

máticas entre el deseo de conservar la unidad y el de concretar una transformación profunda de sus ideas y concepciones. Tal como sostenía Palermo, ello se planteaba en la necesidad de definir un modelo «no populista» de representación que requería consolidar una estructura *partidaria* capaz de procesar institucionalmente conflictos y agregar intereses. Esto exigía establecer una relación «no movimientista» entre el partido y los sindicatos más fuertes, es decir, hacer que los dirigentes sindicales aminoraran sus pretensiones de dominar espacios partidarios<sup>27</sup>.

En esa ambigüedad quedaba expresada la paradoja con la que se planteará la resolución de las internas: el peronismo había iniciado un proceso de institucionalización democrática, superando una «ortodoxia» ideológicamente anclada en el pasado. Al mismo tiempo, mediante esa democracia interna recién conquistada, Menem ganaba la candidatura presidencial de la mano de los sectores ortodoxos desplazados y otros grupos que fueron expresión de una etapa lamentable de nuestra historia. Toda la expectativa que había generado la renovación como posibilidad creíble y viable de democratización del peronismo, parecía desintegrarse con el triunfo de Menem quien, después de haber sido uno de sus iniciadores, ahora aparecía como su principal enterrador. Los destinos de la renovación se jugaban en esta encrucijada, haciéndose cada vez más evidente que su triunfo no podía darse en el marco de un peronismo unido.

En el contexto de crisis y desunión del peronismo emerge lo que desde *Unidos* se denominó «el fenómeno menemista». La crisis económica cobraba mayor agudeza después de los fallidos resultados del Plan Primavera implementado por el Ministro Sourrouille en agosto de 1988. El mismo había sido pensado para estabilizar los precios mediante un acuerdo con los grupos empresarios representados por la UIA, pero sucumbió ante la escalada inflacionaria ocasionada por un verdadero «furor especulativo» de los grandes grupos de la economía. Esto fue conocido como el «golpe de mercado» que provocó la desestabilización política del gobierno por parte de grupos económicos a través de la especulación financiera y el incremento acelerado de los precios. La desmesura del proceso condensó en la conocida hiperinflación de febrero de 1989<sup>28</sup>. El fin del gobierno radical y de su capacidad de articulación

<sup>27</sup> Vicente Palermo, «Entre renovadores y restauradores», en: *Unidos*, N° 19, octubre de 1988, p. 69.

<sup>28</sup> En mayo de ese año el índice inflacionario llegaba al 78, 5% y a este porcentaje se sumaba la sucesión de saqueos a almacenes y supermercados en la principales ciudades del país, junto a una escalada de violencia social que llevó al gobierno a declarar el estado de sitio (Cfr. Barros, 2002, op. cit., p. 152-154).

política se vería ratificado con el triunfo del PJ en las elecciones que consagraron a Carlos Menem como presidente de la nación el 14 de mayo de 1989.

## EL FENÓMENO MENEMISTA

Anteriormente, sosteníamos que en 1987 había empezado a circular con cierta fuerza el discurso de la reforma económica como herramienta de rearticulación de un sistema que se percibía quebrado. El nuevo sentido del orden que simbolizará el menemismo a través de la necesidad de la reforma económica estaba, como señala Barros, «disponible como alternativa creíble a la crisis»<sup>29</sup>. Sucedió entonces que al mismo tiempo que un nuevo referente de certeza aparecía, otro iba desvaneciéndose del imaginario político. El discurso sobre la democracia iba perdiendo fuerza como elemento simbólico que permitía dar sentido a una totalidad social y que había posibilitado el debate —nunca zanjado— sobre qué democracia construir en la Argentina de la post-dictadura.

Las interpretaciones que más circularon sobre el triunfo de Menem fueron atribuidas a su carisma personal, que le permitió recuperar el «liderazgo totalizador» propio de la conducción peronista. A través de dicho liderazgo se recuperaba el carácter movimentista de la política<sup>30</sup>. Esta forma de hacer política más cerca de la gente, lo llevaba a afirmar a González que «Menem se ubica y habla desde una base social concreta, desde la clase de los humildes hacia el conjunto de la nación. A partir de la fractura social que reconoce, elige ser expresión de una parte para integrar al conjunto. No se ubica «por encima» como árbitro neutral, o lo que es peor desde las clases dominantes partícipes y expropiadoras de la riqueza social»<sup>31</sup>. Wainfeld se sumaba a esta necesidad de explicar «¿por qué ganó Menem?»:

<sup>29</sup> Sebastián Barros, 2002, op. cit., pp. 156-157.

<sup>30</sup> El camino elegido por Menem planteaba la posibilidad de reconstruir el partido ligado al movimiento social y esto contrastaba con la creciente distancia que afectaba las acciones de una parte importante de la clase política y las justificaciones técnicas sobre las condiciones de la economía. Los recorridos por los barrios y pueblos, participando en caravanas por el interior del país también fueron un rasgo distintivo en el modo de articular su relación con la gente. Ello le permitió construir una imagen de sí mismo como figura *quasi* religiosa que venía a salvarnos de las penurias por las que atravesaba el país (Cfr. Marcelo Cavarozzi y Oscar Landi, «Political parties under Alfonsín and Menem: the effects of State shrinking and the devaluation of democratic politics», en: E. Epstein, *The New Argentine Democracy. The search for a successful formula*, Westport, Praeger, 1992, p. 214).

<sup>31</sup> Horacio González, «Un voto en movimiento», en: *Unidos*, N° 19, octubre de 1988, p. 90.

«en una elección que el padrón no vivió como trágica, ganó el candidato que más gustó. *El más conocido, popular e identificado como peronista*. Un padrón desinformado, no adoctrinado, tensionado por una crisis socioeconómica agobiante, «condenado» a votar con trazos gruesos eligió a la figura más conocida y querida. El hombre ya conocido en 1973. El que habló en el velorio de Perón. El único gobernador que fue aplaudido en el obelisco cuando Luder los mencionó a todos. El político imitado por Mario Sapag. El referente renovador más conocido en 1985 (tan cierto es esto que –cuando lideraba la Renovación con Grosso y Cafiero– siempre cerraba los actos). Una figura popular cuya historia se confunde con la del peronismo de los últimos quince años»<sup>32</sup>.

Como sostiene Aboy Carlés, el discurso menemista constituyó una «solidaridad popular» escindida de los principales actores políticos preexistentes, concretamente, el alfonsinismo y la renovación. Al mismo tiempo, se escoró en un discurso crítico de la política entendiendo por tal la esfera pública de intercambios entre los principales actores políticos-partidarios. Amparado en el discurso de la antipolítica, estaba produciendo un acontecimiento político al repetir, como Alfonsín en 1983, el establecimiento de una frontera. Ella le permitía diferenciarse de una forma de hacer política a la cual eran confinados tanto el oficialismo como la oposición. Si cinco años atrás Alfonsín había construido la imagen de la ruptura con un autoritarismo cuya encarnación eran las fuerzas armadas y el peronismo, en 1988 y 1989 Menem recurrió una y otra vez a la asociación de las figuras de Cafiero y Alfonsín para replantear la recomposición del cierre de la identidad peronista sobre dicha alteridad. Así, sostuvo en más de una oportunidad: «Antonio Cafiero es el continuador de la política de Alfonsín porque ambas están pautadas por la socialdemocracia»<sup>33</sup>.

Ahora bien, podría decirse que la frontera que le permitió a Menem constituirse en alternativa política no implicó la construcción inmediata de un nuevo horizonte de certeza que le permitiera ganar adeptos en forma automática. Más bien, varias interpretaciones coinciden en señalar que gran parte de la efectividad del discurso menemista radicó, al menos durante la campaña, en su ambigüedad. En esta

<sup>32</sup> Mario Wainfeld, «¿Patoruzú le ganó a Isidoro?», en: *Unidos*, N° 19, octubre de 1988, p. 24.

<sup>33</sup> *Clarín*, 01/07/1988. Citado en Gerardo Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, 2001, p. 287.



ambigüedad podían convivir Herminio Iglesias, ex integrantes de Montoneros, y colaboradores de López Rega –relegados al lugar del pasado autoritario tanto por el alfonsinismo como por la renovación– junto con «los trabajadores», «las mujeres», «los profesionales», «los jóvenes» y «los ancianos»; todos ellos reconocidos bajo el genérico «hermanos y hermanas de mi patria»<sup>34</sup>. Como concluye Aboy Carlés, «Menem vence a Cafiero demostrando su capacidad de conducir un espectro más amplio y, por cierto, más afín a la heterogeneidad histórica del peronismo»<sup>35</sup>.

La ambigüedad del menemismo que tanto indignaba a la renovación no sólo aplicaba a las personas o a los sectores que articularon su apoyo electoral, sino también a las consignas e ideas expresadas por el riojano. Menem era capaz de prometer «el cuarto salario» y la «revolución productiva» para que los trabajadores dejen de vivir en condiciones lamentables<sup>36</sup>, y al mismo tiempo ser uno de los promotores de las privatizaciones y de la reducción del Estado en la redistribución económica. Su discurso era capaz de condensar esa ambigüedad que le permitía esquivar formulaciones programáticas serias, apelar a la mitología peronista, desplegar su carisma personal, explotar el desgaste de los radicales y aparecer en los medios de comunicación. Todo ello, se sostenía en una nota editorial de la revista *LCF*, «en medio de una crisis asfixiante, con una hiperinflación en marcha y una descarada rebeldía de todos los sectores económicos a cualquier tipo de acuerdo que alivie la pérdida de poder adquisitivo de las clases populares»<sup>37</sup>. En este contexto Menem será el narrador del epílogo alfonsinista, responsabilizando al gobierno radical por el caos económico y la instrumentación de «políticas izquierdizantes»<sup>38</sup>. Esta denuncia le permitía, al mismo tiempo, convertirse en el garante de la construcción de una nueva Argentina. Así, la «heterogeneidad» que se le endilgaba era rebatida por el propio discurso de Menem cuando anunciaba que el suyo sería un gobierno de «unidad nacional». Unidad que, por cierto, implicaba cosas distintas: unión del pueblo dolido por la experiencia hiperinflacionaria y por el pasado de ideologismos

<sup>34</sup> Tales calificativos son utilizados por Menem en su «Carta abierta a la esperanza», *Clarín*, 24/03/1988.

<sup>35</sup> Gerardo Aboy Carlés, op. cit., p. 289.

<sup>36</sup> Conferencia de prensa de Menem en el aeropuerto de Corrientes, *Clarín*, 01/07/1988, citado en Gerardo Aboy Carlés, op. cit., p. 290.

<sup>37</sup> Nota Editorial, «Los motivos del voto», en: *La Ciudad Futura*, N° 16, abril-mayo de 1989, p. 3.

<sup>38</sup> Declaraciones de Menem en conferencia de prensa, Santiago de Chile, *Clarín*, 30/08/1990, citado en Aboy Carlés, op. cit., p. 291.

sectarios; unidad del espacio entre sectores peronistas y no peronistas; y también unidad en torno a la figura del líder<sup>39</sup>.

Una vez asumida la presidencia, aquella ambigüedad del discurso menemista que era entendida como estrategia de campaña, pasará a ser comprendida como la «mutación doctrinaria» del justicialismo. Es que las políticas que Menem le criticaba al gobierno de Alfonsín pasarán a ser, en forma más agresiva, su programa de acción en lo económico. Después de la celebración de los comicios, *LCF* reflexionaba:

«Dentro de las cosas que la imaginación colectiva podía suponer que habrían de ocurrir con el triunfo electoral del justicialismo, una parecía descartada: la coalición ideológica con el neoconservadurismo, que en la argentina se llama liberal. Sin embargo esa alternativa, bendecida por los grandes grupos económicos que nunca habían desembarcado tan ostentosamente en el estado como lo han hecho hoy, es la vencedora de los comicios»<sup>40</sup>.

En el mismo número de la revista Antonio Marimón sintetizaba la serie vertiginosa de acontecimientos inéditos generados por el gobierno del presidente Menem:

«a pocos días de contar con la investidura de jefe electo de estado, él en persona –sí, él en persona– concurrió a las oficinas del grupo Bunge y Born, de las que se llevó públicamente, aunque ya estuviese pactado antes, un programa de ajuste económico y los funcionarios para aplicarlo [...] Este gesto vale para dos reflexiones: que una vinculación tan despejada de mediaciones entre un gobierno y una empresa es de una particularidad a la que no se animan ni siquiera las dictaduras, cualquiera sea su latitud. Y segundo, que la evidencia de que ese holding es Bunge y Born abre grietas en otros tiempos impensables para el peronismo. Si se recuerda el pasado se verá que dicho grupo ocupaba el segundo puesto, después del embajador norteamericano Braden, en la escala de los enemigos del general Perón»<sup>41</sup>.

<sup>39</sup> Cfr. Martina Garategaray, *Unidos en la identidad peronista. La revista Unidos entre el legado nacional-popular y la democracia liberal (1983-1991)*, Tesis de Maestría en Historia, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 2008, pp. 125-126.

<sup>40</sup> Nota Editorial, «¿Y ahora qué?», en: *La Ciudad Futura*, N° 17-18, junio-septiembre de 1989, p. 3.

<sup>41</sup> Antonio Marimón, «La Argentina circular», en: *La Ciudad Futura*, N° 17-18, junio-septiembre de 1989, p. 32.

La aplicación del plan económico ideado por el grupo transnacional y su asociación al sector de la derecha encarnado en la familia Alsogaray, fueron el broche de oro con el que se cerraba un ciclo de la historia argentina, donde el debate y la discusión de ideas eran el motor de una democracia en construcción. De ahora en más, las recetas económicas y la palabra de técnicos y especialistas vendrán a decir la verdad de la democracia.

Ante la ofensiva ideológica y política del neoconservadurismo, la pregunta que se planteaba desde la *LCF* como espacio de debate era «¿cuánta democracia es posible dentro de ese esquema?». Nos parece importante retomar el interrogante porque, como allí se decía, entre los avatares de una crisis económica tan profunda, «los problemas de la producción de una democracia parecen haber desaparecido del debate público y haberse replegado de la cultura política»<sup>42</sup>. Los discursos del ajuste y de las reformas estructurales no sólo formarán parte de las recetas económicas sino también de un ajuste estructural sobre la política. La privatización, que aparece como consigna central, como la única salida posible de la crisis, atañe también al debate público sobre la democracia. La sobredeterminación del neoliberalismo sobre la democracia, vendrá a colocar como verdades cuestiones que hasta no hace mucho eran objeto de controversia: que la democracia no implica necesariamente bienestar social, tampoco deliberación libre y transparente entre los distintos sectores de la sociedad, ni la necesaria primacía de un régimen de gobierno republicano. En definitiva, el triunfo de las ideas neoliberales para pensar la política, puso en evidencia la siguiente falacia: creer que la articulación entre una democracia formal y una democracia sustantiva se daría garantizando primero la institucionalidad del régimen para avanzar luego sobre su transformación económico-social.

En estas condiciones se llegaba al final de un ciclo de transición donde, aun habiéndose elegido un nuevo presidente bajo elecciones libres, *la cuestión democrática seguía siendo una deuda pendiente*. El desgaste del último tramo de la gestión de Alfonsín y el triunfo de Menem seguirán provocando autocríticas en cierto sector de la izquierda y de la renovación peronista. Autocríticas que los seguían interpelando en la necesidad de elaborar un proyecto socialista, plural y popular que disputara el sentido común neoliberal que empezaba a constituirse en el único sentido posible de la post-transición. Y más aún, en el único sentido en que, *a posteriori*, será leída la transición democrática argentina.

<sup>42</sup> Nota Editorial *LCF*, 1989, op. cit., p. 4.

## LA IZQUIERDA DEMOCRÁTICA ANTE EL DESAFÍO DE PENSAR UNA ALTERNATIVA AL NEOLIBERALISMO

En el marco de los debates de la revista *LCF*, volvía a emerger la pregunta por la necesidad de revisión ideológica de la izquierda argentina, que todavía era una cuenta pendiente en lo que se refería a la construcción de un proyecto democrático-socialista.

Ludolfo Paramio sostenía que la primera lección que debía aprender la izquierda es que no tiene ningún sentido mantener la fidelidad a principios inmutables si no se aprende a cambiar la forma en la que se intenta defenderlos y llevarlos a la práctica. Una izquierda «momificada», «paralizada en la repetición de fórmulas rituales» y que no se comprometiera con el cambio social no podía ser un proyecto político alternativo al neoliberalismo<sup>43</sup>. De lo que se trataba era de estructurar una propuesta verosímil y realizable de transformación social y económica, capaz de integrar las exigencias de la sociedad y redefinir intereses que son contradictorios en favor de otros nuevos, más complejos y englobantes.

Bajo nuevas formas organizativas o asociativas, distintas pero también complementarias de los partidos políticos, el desafío seguía siendo construir «un socialismo que apunte a la democratización de la cultura política, a la consolidación de un sistema republicano y a una radicalización de la proyectualidad social»<sup>44</sup>. Es interesante mostrar las articulaciones conceptuales con las que se imaginaba un socialismo distinto. Armonizar democracia con socialismo implicaba una profundización de la democracia a través de la «convergencia popular» en un «proyecto de socialismo plural *a la argentina*»<sup>45</sup>. Emergía con fuerza la idea de que el socialismo podía compartir principios con el republicanismo y también con un liberalismo plural e igualitarista, vale decir, que el socialismo podía nutrirse de distintas tradiciones políticas. En su artículo Oscar Valdovinos sugería que en nuestro país había un espacio de izquierda que urgía articular, organizar y ensanchar para reasegurar la democracia. Para ello era imprescindible dotar a la democracia de «contenidos de justicia social», pero también, agregaba:

<sup>43</sup> Ludolfo Paramio, «La izquierda ante el fin de siglo», en: *La Ciudad Futura*, N° 8-9, diciembre de 1987, pp. 13-14.

<sup>44</sup> José Aricó, «Imaginar hoy el socialismo en la Argentina», en: *La Ciudad Futura*, N° 8-9, diciembre de 1987, p. 10.

<sup>45</sup> Julio Godio, «Izquierda: cero para el copión», en: *La Ciudad Futura*, N° 10, abril de 1988 p. 10.

«La misma democracia, en tanto sistema político, debe modificarse. Es evidente que su versión exclusivamente representativa ha perdido eficacia y que la constante generación y multiplicación de movimientos sociales indica la necesidad de nuevos canales de formulación de demandas y de diseño e implementación de respuestas. Esa insoslayable tendencia a la participación —*no para sustituir a las formas representativas sino articulándose armoniosamente con ellas*—, no sólo para la aprobación de lo decidido desde el estado sino también para construir los criterios decisorios, implica confianza en las masas, en lugar de la subestimación o del paternalismo. Y esto es izquierda»<sup>46</sup>.

La alternativa de un proyecto socialista de izquierda se encontraba nuevamente en la encrucijada entre defender un régimen político y entender que la democracia era «algo más» que dicho régimen. El desafío seguía siendo sostener esta idea de democracia como transformación sin que ello implicara el desgaste de la institucionalidad. En otras palabras, pensar que la transformación política era posible en el marco de las reglas del juego democrático: así quedaba esbozada la tensión entre ideología y partido en la que quedaba acorralada la izquierda. Ella se plasmaba, por un lado, en la profesión de una concepción de la política como transformación de las estructuras injustas de la sociedad y, por el otro, en el hecho de no poder consolidar una fuerza política capaz de llevarlas a cabo.

En un ejercicio planteado por de Ípola en su artículo «La izquierda en tres tiempos», el autor se proponía aportar al debate para reconocer los problemas de la izquierda. Construir una izquierda distinta, actualizada a los nuevos tiempos, implicaba para él, apostar por una «izquierda moderna» que se caracteriza por: a) ser *teórica y prácticamente reformista*. Ello no sólo significa optar por una política gradual, legitimada y no violenta de las transformaciones sociales sino también afirmar que ese camino es el único realmente eficaz a corto y largo plazo. b) Ser partidaria de una *concepción no omnicomprendensiva de la política* y, c) no creer en el *protagonismo a priori* de ninguna categoría de actores, es decir, descreer que algún sector social tiene derechos innatos o adquiridos sobre el devenir histórico. Es una izquierda que, en lo referente a la relación entre Estado y sociedad, promueve la esfera de *lo público* —entendida como instancia diferenciada del Estado y el mercado. En vez de la concentración estatista de las decisiones económicas prefiere la

<sup>46</sup> Oscar Valdovinos, «¿Es posible la izquierda en Argentina?», en: *La Ciudad Futura*, N° 6, agosto de 1987, p. 7 —cursivas nuestras.

promoción de instancias autogestionarias, y allí donde es posible la democracia directa prefiere la democracia directa<sup>47</sup>.

Portantiero aportaba su reflexión sobre esta última cuestión en el mismo número de la revista que estamos repasando. El eje clave para él será la crítica a la centralidad de la figura del Estado y la propuesta socialista de una democracia distinta que reivindique su dimensión social:

«Por nuestra parte, reivindicamos la otra vertiente cultural del socialismo: la descentralizadora y autogestionaria: la que piensa que socialismo y estatismo no son sinónimos, sino en el límite, opuestos. La verdad es que el intervencionismo estatal concebido como programa político de la izquierda bajo el capitalismo, lo que hace es vaciar a la sociedad de contenido político, haciendo que los conflictos económicos dejen de ser conflictos sociales entre las clases para transformarse, como sucede desde hace décadas en la Argentina, en reclamos sobre el estado...

Nuestra visión es diferente; se define a sí misma como propicia a las reformas socialistas, pero no es ni *nacionalista*, ni *popular*, ni *estatista*<sup>48</sup>.

La construcción de un socialismo democrático se presentaba como un socialismo moderno capaz de redefinir su propio punto de vista y sus categorías, despojando de su fisonomía tradicional, y afirmando que esa redefinición de la izquierda pasaba por la «implantación efectiva del pluralismo en su seno»<sup>49</sup>. Visto que en Argentina el Estado favorecía «expresiones parasitarias de capitalismo» y ofrecía servicios sociales cada vez más deteriorados, el énfasis debía colocarse en el control público o social de las decisiones económicas. La alternativa socialista pasaría entonces por la creación, entre mercado y burocracia, de un espacio público que pudiera asegurar una mayor información, participación y descentralización de las decisiones, por vía de la cogestión<sup>50</sup>.

<sup>47</sup> Cfr. Emilio de Ípola, «La izquierda en tres tiempos», en: *La Ciudad Futura*, N° 11, junio de 1988, pp. 11-12.

<sup>48</sup> Juan Carlos Portantiero, «El socialismo y el tema del Estado», en: *La Ciudad Futura*, N° 11, junio de 1988, p. 3.

<sup>49</sup> Emilio de Ípola, 1988, op. cit., p. 13.

<sup>50</sup> Juan Carlos Portantiero, op. cit., p. 3.

Es preciso señalar, sin embargo, que en pos de la crítica que la izquierda hacía al carácter autoritario de una política donde el Estado era una figura omnipresente, terminaba adhiriendo a una concepción de Estado limitado a mitigar las tensiones y a equilibrar los intereses de las distintas fuerzas sociales. En esa alternativa dicotómica, quedaba afuera la posibilidad de pensar al Estado como institución que pudiera cuestionar la legitimidad de las propias fuerzas, la distribución de poder y la justicia de las demandas. La crítica al autoritarismo estatista no generó un modo distinto de pensar el Estado y terminó desembocando en una concepción anti estatista de la política, que no quedó muy alejada del lenguaje que el neoliberalismo utilizaba para justificar sus políticas. Así, el discurso anti Estado y pro sociedad civil generó una nueva dicotomía entre Estado y sociedad civil que terminó siendo funcional al discurso neoliberal contra el cual la izquierda pretendió combatir.

A pesar de todo el proceso de revisión de ideas que había hecho la izquierda intelectual y que la había conducido a comprender que la democracia era el camino hacia el socialismo y no su obstáculo —o dicho en otros términos, que la democracia institucional-formal era el escenario desde donde ampliar la democracia social, participativa y transformadora—, el desafío seguía siendo el de debatir ideas en pos de la construcción de un proyecto político sostenido en la articulación de tradiciones que habían aparecido como históricamente incompatibles.

Reinventar la ideología socialdemócrata del siglo XXI implicaba el reacomodamiento de sus componentes conceptuales y la reelaboración de su discurso en virtud de los cambios sociales operados en la sociedad, en la estructura del Estado como así también en la propia identidad política de la izquierda. Lo que obligaba a preguntarse cómo podía producirse la reinención del socialismo en nuestro país y qué fuerza política representaba en Argentina a aquel espíritu socialdemócrata que se imaginaba como alternativa político-ideológica al neoliberalismo y al peronismo. Así se reflexionaba al respecto en *LCF*:

«El drama de la argentina democrática estriba en la manifiesta incapacidad de las dos grandes fuerzas populares para instaurar un orden político que, desde 1983, y tal vez por largo tiempo, está sometido a un *doble requerimiento*. *Por una parte el de profundizar y ampliar la democracia política* disolviendo la densidad reaccionaria acumulada en el país por largos años de inestabilidad y de gobiernos de fuerza. *Por la otra, el de encarnar la*

*reforma del estado y de la sociedad civil* en situaciones de graves penurias socioeconómicas y de incertidumbre generalizada de la ciudadanía sobre el presente y el futuro»<sup>51</sup>.

El primer período democrático que siguió a la dictadura cerraba con un inusitado agravamiento de la crisis económica que se complementaba con una crisis política. Esta última no sólo se manifestaba al nivel de las estructuras partidarias y de las identidades políticas sino, y sobre todo, como una *crisis de sentido*. Crisis que representaba un momento en que *las viejas dicotomías conceptuales* convivían con la necesidad de generar un *nuevo lenguaje* capaz de dar cuenta de la complejidad del proceso de consolidación democrática. Asumir un «cambio necesario de las concepciones políticas»<sup>52</sup> formaba parte de la tarea ineludible que tenía que hacer cualquier fuerza que quisiera disputar el nuevo sentido común neoliberal. Entre otras cosas tenía que seguir embarcada en revisar la relación entre democracia formal y democracia social. A pesar de haber podido garantizar institucionalmente el traspaso de un gobierno elegido por el pueblo a otro en las mismas condiciones, la democracia mostraba que no había podido hacer frente al colapso económico. En esta ambigüedad, que fue leída como el «triunfo de los objetivos políticos» y como el «fracaso de los contenidos sociales»<sup>53</sup> se prefiguraba el complejo panorama a inicios de los años noventa.

En los debates político-intelectuales que hemos analizado, la percepción extendida era que la crisis que transitaba la Argentina era una *crisis de sentido*, o mejor, una *crisis de los sentidos políticos*. La reducción de la política a los criterios de la eficiencia y la técnica comenzaba a diseminarse, desde la última etapa de la gestión alfonsinista, y se convertía en el nuevo sentido común de la transición. Sentido común que va a instaurar ciertas «verdades» bajo antinomias tales como «el ciudadano contra el Estado» o la justificación de un «antiestatismo asentado en falacias de tipo privado=eficiente; estatal=ineficiente»<sup>54</sup>. Estas antinomias comenzarán a convivir con valores que pronto serán indiscutibles: el sentido de la libertad ciudadana comparable con la libertad de los mercados; la preocupación

<sup>51</sup> Nota editorial, «La izquierda: todo un tema», en: *La Ciudad Futura*, N° 13-14, noviembre de 1988-enero de 1989, p. 3 –cursivas nuestras.

<sup>52</sup> Francisco Weffort, «La revolución posible», en: *La Ciudad Futura*, N° 20, diciembre de 1989-enero de 1990, p. 13.

<sup>53</sup> Nota Editorial *La Ciudad Futura*, 1989, op. cit., p. 4.

<sup>54</sup> Carlos Álvarez, *Unidos*, 1989, op. cit., p. 17.



por la «governabilidad económica» como sinónimo de ajuste, las políticas económicas de cohorte monetarista y las privatizaciones como única solución a la crisis económica y a la ineficiencia del Estado; la democracia como juego de mercado donde prima la elección racional. En esta construcción simbólica se hacía evidente la crisis de sentido bajo la cual se «consolidaba» la democracia en la Argentina.

### LA DEMOCRACIA PERPLEJA. REFLEXIONES FINALES

«La democracia perpleja» se titulaba el artículo de Fabián Bosoer publicado a inicios de los años noventa en *LCF*. En él se establecía el dilema político con el que se cerraba una década y se daba inicio a otra, no sólo en Argentina sino en gran parte de los países latinoamericanos. La mayoría de los presidentes en América Latina habían concluido sus mandatos sin interrupciones, sin haber restringido las garantías ciudadanas, ni cerrado los parlamentos, ni perseguido a los opositores, ni acallado con violencia las críticas. En este sentido la década del ochenta había significado la *refundación de la democracia en América Latina*. Sin embargo, agregaba el autor, los ochenta fueron también los años en los que se produce el desenlace final del agotamiento de los modelos tradicionales de articulación entre la economía, el Estado y la sociedad. Llegó la época de la «democratadura», de la restauración y el ajuste drástico; las corporaciones y los factores transnacionales de poder ocupan el lugar del Estado en crisis<sup>55</sup>. La transición ocurría así en el marco de una crisis económica, pero sobre todo de una crisis política que fue cristalizándose en la verosimilitud adquirida por el discurso de la reforma asociada a las ideas de ajuste, privatizaciones, reducción de la injerencia del Estado, etc. Ellas fueron conformando un sentido común neoliberal cuyo potencial «ético-político» fue acallando la productividad de los debates que construyeron el clima político en el que se iniciaba nuestra democracia en 1983.

El triunfo de la hegemonía neoliberal no fue sólo el triunfo de un modelo económico; produjo también una mutación en el *lenguaje de la democratización*. Mientras se insistía en la centralidad de las instituciones, en la trama política se producía el desmantelamiento del Estado como institución fundamental de la política moderna. Mientras se reafirmaba el triunfo de la democracia plena, se la

<sup>55</sup> Fabián Bosoer, «La democracia perpleja», en: *La Ciudad Futura*, N° 20, diciembre de 1989-enero de 1990, pp. 11-12.

reducía a la pura forma de un juego de mercado, o peor, de un trámite a cumplir por un conjunto de sujetos a los que, cada dos años, se los consideraba ciudadanos al emitir su voto. En este marco, la transición democrática implicó la transición de un momento en que el sentido de la democracia podía debatirse —y es allí donde radicó el gran *potencial político* de ese momento histórico—, a otro momento en que la política ya no se debate sino que se ejecuta, se opera y se instrumenta.

Frente a este panorama el triunfo del menemismo representó una derrota para el peronismo renovador y desde *Unidos* se veía cada vez más lejana la posibilidad de retomar su proyecto y construir una «nueva ideología de época». La democracia siguió vigente, pero *Unidos* calló su voz<sup>56</sup>.

Por su parte, la voz de la izquierda intelectual democrática que reconstruimos a través de los debates de *LCF* quedaba atrapada en una doble tensión. Por un lado, *tensión teórica* producto de la necesidad de profundizar la revisión conceptual y pensar un socialismo real que no fuera antidemocrático, ni exclusivamente anticapitalista, pero tampoco estatista, ni populista. Y por otra parte, una *tensión práctica* que los interpelaba a pensar qué fuerza política representaba ese ideario tan complejo de un socialismo plural, democrático y republicano: liberal en un sentido político, pero decididamente anti neoliberal en un sentido económico.

Finalmente, en lo que respecta a la palabra oficial, en su último discurso a la Asamblea Legislativa, Alfonsín ilustraba aquél momento de profundo desconcierto y ambigüedad para el pensamiento. Se refería, por una parte, al logro que implicaba para la democracia que un «gobierno legítimo diera paso a un gobierno legal» en una situación de «normalidad institucional». Y, sumado a ello, el honor que le provocaba llegar a las postrimerías de su mandato «sin presos políticos, ni leyes persecutorias, ni órganos de prensa clausurados, ni policías bravas, ni interventores instalados en provincias, sindicatos o universidades»<sup>57</sup>. Sin embargo, la existencia de esa «democracia plena» convivía con una situación de desequilibrio económico que repercutía en un clima social de desconfianza y se traducía en una profunda incertidumbre política. En esta encrucijada, su gobierno había «colocado las bases

<sup>56</sup> Titulado «Juntar los pedazos», la revista publica su último número, el 23/08/1991. La apuesta político-partidaria que le siguió a esta última edición fue la conformación del «Grupo de los ocho». Dejando de formar parte del peronismo y constituyéndose como bloque parlamentario independiente, este frente se ubicó como uno de los principales cuestionadores de la política menemista.

<sup>57</sup> Mensaje del Sr. Presidente de la Nación, Raúl Alfonsín, en la Honorable Asamblea Legislativa, 1° de mayo de 1989.

del desarrollo» y así quedaba prefigurada «la plataforma de despegue que hemos construido para la transición económica, para que nuestros sucesores puedan articular democracia con crecimiento y con prosperidad»<sup>58</sup>. Como vemos, una de las dimensiones de la democracia, la institucional-formal, estaba realizada. La otra, seguía siendo una cuenta pendiente.

#### **Registro bibliográfico**

REANO, ARIANA

«Discutir el liberalismo, revisar el socialismo, conquistar la democracia. Revisitando el debate político-intelectual hacia el final de la transición democrática argentina», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXIII, N° 45, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2013, pp. 43-69.

#### **Descriptoros · Describers**

liberalismo / socialismo / intelectual / transición democrática

liberalism / socialism / intellectual / democratic transition

<sup>58</sup> Ídem.